

ESTAMOS EN BABEL

¿Qué está pasando? Tertulianos de radio y de televisión, columnistas de prensa, charlas de café, sobremesas familiares, manifestaciones en la calle... Hablando cada vez más claro y fuerte, y sin embargo la confusión y la agresividad lo invaden todo. Es justo preguntarnos: ¿qué nos pasa? ¿no estaremos en Babel?

Recordemos la escena bíblica: Todo el mundo tenía un mismo lenguaje y el diálogo era posible. Tentados en su orgullo, intentaron echar un pulso a Dios y comenzaron a construir una torre que llegara hasta el cielo. Entonces Dios confundió sus lenguas y los desperdigó, confundidos y errantes, por toda la tierra.

Volvamos a nuestra realidad. Podemos dividir a los hombres de hoy en dos grupos: unos con una antropología materialista y, en consecuencia, atea. Otros con una antropología trascendente y mayoritariamente cristiana.

El primer grupo ha perdido la fe en Dios. Consiente la religión como manifestación cultural o folclórica, con tal de que no influya en la vida pública. Acude al templo solamente en bautizos, comuniones, bodas, entierros y fiestas del patrón. Vive positivamente al margen de Dios, no necesita de Él. Es más, considera a Dios un estorbo para sus planes. La almodovariana “ley del deseo” es su ética y su moral. Lo “políticamente correcto” es el medio adecuado para que el deseo de todo ciudadano se transforme en legislación vigente y pueda tranquilizar la voz de las conciencias asombradas. El divorcio, el aborto, el matrimonio homosexual, la estatalización de la enseñanza... son sus banderas de libertad, modernidad y progreso.

El segundo grupo levanta otras banderas: la familia y la clase de religión; la educación como derecho prioritario de los padres; la dictadura del relativismo y del laicismo como plagas peligrosas. Se sienten arropados por los obispos y se definen creyentes.

Si en Babel, Dios confundió las lenguas por el orgullo humano y el intento de vivir como dioses, se puede comprender la desgracia del primer grupo por haberse situado al margen, e incluso en contra de Dios. Pero es más difícil entender la razón por la que Dios haya también confundido las lenguas del segundo grupo, aparentemente más cerca de Dios y defendiendo su causa.

Creo que nuestra falta, yo me encuentro en este grupo, está en vivir una fe más de palabra que de corazón. Es verdad que damos culto a Dios, pero nuestra vida está lejos de Él. Somos masa de “creyentes no practicantes”. Tenemos índices muy preocupantes: seminarios al mínimo, conventos que se cierran por falta de vocaciones, matrimonios rotos, abandono de la misa dominical, falta de vida de oración...

Si fuéramos cristianos de verdad, ¿qué podríamos temer?: Que quitan la clase de religión en la escuela, inundaríamos la catequesis parroquial; que terminara la financiación del Estado a la Iglesia, llenaríamos los cestos de las colectas dominicales; que legislan cualquier relación humana como matrimonio, multiplicaríamos las Escuelas de Padres, los Cursos Prematrimoniales y los movimientos familiaristas; que se sigue favoreciendo la teoría del “género”, cada pareja cristiana sería más fiel a la doctrina sexual de la Iglesia... Si fuéramos cristianos de verdad, pediríamos perdón a Dios por nuestros pecados y estaríamos con Jesús ante el sagrario en adoración. Él entonces, como en Pentecostés, nos enviaría su Espíritu. Hablaríamos “lenguas nuevas”, volveríamos a comunicarnos. Y cada día, estaríamos más lejos de Babel...

Florentino Gutiérrez. Sacerdote
Salamanca, 16 de noviembre de 2005